

noso colocado en la eminencia, despidió rayos deslumbrantes que le hicieron conocer hasta mas allá de los mares; y que en el seno de la opulencia y en la dorada techumbre de los palacios jamas se ensoberbeció, ni se dejó mover por el aura mundana de los honores mas extraordinarios; de un santo á quien respetaron los monarcas, á quien acataron los pontífices, á quien obedecieron los purpurados, á quien temieron sus enemigos, á quien cuantos le trataron no pudieron ménos de venerar, amar y admirar; de un santo que se humilló cuanto humillarse pudo, y á quien Dios ensalzó cuanto le fué posible ensalzarle, verificando en él la promesa de su Evangelio: *qui se humilial exaltabitur.*

¡Oh humildad, virtud celestial que llegas casi á divinizar al mortal que te abraza y practica! Ven á residir en nuestros corazones; destruye en nosotros todo pensamiento de altivez y orgullo; disipa hasta la mas remota idea de propia estimacion; haznos conocer nuestra nada; para que á ejemplo del insigne Francisco de Paula merezcamos experimentar la verdadera grandeza, que consiste en la gracia de Dios y la proteccion de tu brazo omnipotente.

Y tú, héroe insigne que tan preciosas huellas nos dejaste marcadas en tu portentosa vida, alcánzanos del Señor gracia para seguir por ellas; haz que el cielo sensible á nuestros ruegos nos infunda ese espíritu de humildad que tan grato te hizo á los divinos ojos; á fin que imitándote en esto así como en tu caridad ardentísima, en tu abstinencia constante y en tu fidelidad á los divinos preceptos y consejos evangélicos, seamos acreedores á ser un día coherederos contigo del reino eterno de la gloria.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN FRANCISCO DE SALES.

(DE MACCARTHY.)

Regna propter veritatem et mansuetudinem... et deducet te mirabiliter dextera tua.

Reina por medio de la verdad y de la mansedumbre; y tu diestra te conducirá á cosas maravillosas.

Salmo 44. v. 5.

Contemplando el profeta Rey al Mesías adorable que un dia debia nacer de su sangre, en uno de aquellos divinos trasportes en que se presentaban á su espíritu los acontecimientos venideros, arrebatado de admiracion y de amor á vista de tanta belleza y gloria, de tanto poder y bondad, exclama embriagado de un santo placer: « ¡ Oh tú el mas gentil en hermosura entre los hijos de los hombres! Derramada se ve la gracia en tus labios, y lleno estás para siempre de las bendiciones del Señor. Cíñete al lado tu espada ¡ oh rey poderosísimo! con esa tu gallardía y hermosura camina, avanza prósperamente á nuevas conquistas; reina por medio de la verdad y de la mansedumbre, y tu diestra te conducirá en medio de los prodigios: *Regna propter veritatem et mansuetudinem... et deducet te mirabiliter dextera tua.* Estas palabras admirables que David dirigia al divino modelo de todos los santos, no dudo aplicarlas hoy al gran héroe cuya memoria celebramos. Él fué la imágen viva de aquel que se nos pinta con rasgos tan sublimes y brillantes. Revestido de su sacerdocio y animado de su espíritu, obró grandes maravillas, derramó abundantemente las aguas de

la gracia, y los tesoros de las bendiciones celestiales. Armado de la espada de la palabra, reportó victorias admirables sobre el infierno, y reconquistó pueblos enteros para Dios y para la iglesia. Como triunfador amable, reinó en los espíritus con sola la fuerza de la verdad, y en los corazones con el irresistible atractivo de su dulzura: *Propter veritatem et mansuetudinem*. Tal fué Francisco de Sáles. Hé aquí los héroes y los conquistadores que conviene celebrar en la sagrada cátedra. Nosotros nos complacemos en repetir los nombres de aquellos que han hecho á los hombres mejores y mas dichosos, y no los de aquellos que los pervierten y oprimen; los de los que han ilustrado al mundo, y no los de los que le destruyen; los de los que han restaurado los altares del Señor, y no los de los que convierten sus templos en ruinas; los de aquellos en fin que han derramado por donde quiera beneficios inmensos, y no los de los que por todas partes no han dejado sino huellas de sangre y de lágrimas.

Oh! cuán dulce y cuán satisfactorio es para mí pagar este justo tributo á un pontífice venerado en todo el universo católico, admirado de los sectarios y de los mismos impíos por la belleza de su ingenio, por la firmeza de su valor, por lo eminente de su sabiduría y por la extension de su doctrina, y amado entre todos los santos de estos últimos siglos por su tierna caridad, por el carácter de amable candor y dulce suavidad que le eran propios, por la unción penetrante que tanto mérito daba en otro tiempo á sus discursos, y que hoy tan poderosamente arrastra á la lectura de sus escritos! Cuán feliz me contemplo en alabar á Francisco de Sáles en su misma patria, en medio de su pueblo y en el seno, por decirlo así, de su familia; en unos sitios llenos de sus recuerdos, y en los que están marcadas aun sus huellas apostólicas; bajo las mismas bóvedas en que veces tantas fué escuchada su voz por los padres de los que hoy me escuchan; en presencia de un clero nutrido con sus máximas; heredero de sus sentimientos, é imitador de sus virtudes (1)! Nada mas fácil, á la verdad, hermanos míos, que interesar vuestra atención hablándoos del inmortal obispo de Ginebra; nada empero mas difícil que corresponder cum-

(1) *El respetable orador pronunciaba este discurso en la iglesia catedral de Chambery en 29 de enero de 1815.*

plidamente á vuestras esperanzas, y satisfacer vuestros espíritus justísimamente celosos de sus glorias. Sirva pues de elogio su misma vida; no haré sino presentaros un pequeño cuadro, mostrándoos á este grande hombre conforme á las palabras de mi texto; primero: como el apóstol celoso de la verdad; segundo: como un perfecto modelo de la dulzura cristiana. *Propter veritatem et mansuetudinem*.

¡Gran Dios, que os complacéis en honrar á vuestros santos, y queéis que á vuestras alabanzas mezclemos también las suyas! Elevad mis pensamientos y mis expresiones á la altura del objeto que me propongo tratar, á fin de que yo haga admirar vuestros dones en aquel á quien tan liberalmente enriquecisteis; é inspire á cuantos me escuchan el aprecio y amor de las virtudes, cuyos bellos ejemplos nos ofrece. Imploremos para ello los auxilios de la Virgen santísima. *Ave Maria*.

PRIMERA REFLEXION.

Nada hay mas precioso que la verdad; el mas bello presente que Dios ha hecho al hombre es dotarle de una razon capaz de conocerla; Dios mismo no tiene otro atributo mas admirable que su eterna, inmutable é infalible verdad. Sin embargo (preciso es decirlo para confusion nuestra), el espíritu dominante de nuestro siglo es un espíritu de indiferencia y de desprecio hácia todas las grandes y nobles verdades que elevan nuestra naturaleza, y nos descubren el secreto de nuestros gloriosos destinos. Desde que una filosofía vana, temeraria, insensata y envilecedora se erigió en maestra del género humano, poco importa á sus ciegos discípulos el saber si el universo es obra de un ser infinitamente sabio, poderoso y bueno, que le crió y gobierna, ó si todo cuanto existe es el resultado de una combinacion fortuita, ó el juguete de yo no sé qué casualidad indefinible; si tenemos un alma espiritual é inmortal, ó si este principio que piensa es material y terrestre como el cuerpo, y como él debe ser un dia presa del sepulcro. Tampoco les importa que la distincion entre el bien y el mal, entre el vicio y la virtud, sea esencial ó arbitraria; que la conciencia sea la regla de los deberes, ó que sea una palabra sin significado ó una mera preocupacion. No se informan si Dios nos ha dado una ley que

debamos ejecutar, un Salvador á quien debamos adorar, una iglesia á quien debamos creer, ó si toda la religion es una fábula, y el hombre un ser abandonado, sin otro conductor, á sus pasiones y caprichos. Ignorar voluntariamente todas estas cosas tan importantes, es á sus ojos ciencia y habilidad; mirarlas con desden y hacer de ellas el objeto de sus derrisiones, es fuerza y superioridad de espíritu; vivir como bestias sin reflexionar en su propia suerte, caminar con una imprevisión estúpida hácia el formidable porvenir que nos espera, sin inquietarse por la felicidad ó la desgracia que nos están preparadas, es segun ellos razon y sabiduría.

No hemos llegado en un dia á este absurdo y monstruoso escepticismo. Tres siglos há que la carrera del error fué abierta por aquellos hombres tristemente célebres que enarbolaron el estandarte de la herejía, y despedazaron el seno de la iglesia. Lutero y Calvino fueron los verdaderos padres de la incredulidad moderna: atacando todos los derechos de la autoridad espiritual, y conmoviendo todos los fundamentos de la fe, hicieron titubear los principios de las costumbres, minaron las bases del orden moral, redujeron todo á problemas, y se lanzaron los primeros en ese anchuroso mar de dudas, de incertidumbres y de discusiones sofisticas en que se mira como zambullida la generacion actual. Sus predicaciones produjeron efectos muy semejantes á los de las llamadas entre nosotros doctrinas filosóficas; sediciones, odios, guerras intestinas, escenas de carnicería, y un desbordamiento horroroso de todos los vicios y de todos los crímenes. Viéronse divididas las familias, los estados trastornados con revoluciones desastrosas, las testas coronadas rodando sobre los cadalsos, y la Europa entera asolada por el hierro y las llamas.

Cincuenta años hacia que duraban los desórdenes; el mal acreciábase de cada vez mas, cuando la divina Providencia, queriendo contener sus progresos, y sobre todo deseando sofocar el germen del error que pululaba en vuestras comarcas, y conservar á vuestros padres el inestimable beneficio de la fe, se dignó suscitar el santo cuyo elogio emprendemos.

No hablaré de lo ilustre de su nacimiento segun el mundo: ninguna necesidad tenemos de decir que la casa de Sáles es una de las mas nobles y antiguas de la Saboya. Otra nobleza de todo punto mas preciosa y estimable le fué trasmitida con la sangre.

Una inviolable adhesión á la doctrina católica y á todas las virtudes cristianas habia sido en todos tiempos hereditaria en su familia, y los autores de sus dias jamas habian degenerado de la fidelidad de sus antepasados. Todavía no habia nacido este hijo de bendición, y ya su piadosa madre le habia consagrado al Señor, y por un sentimiento heróico de religion habia pedido al cielo que este primer fruto de sus entrañas no viese jamas la luz si habia de perder la inocencia. El seno materno fué pues el primer templo en donde Francisco de Sáles fué ofrecido á su Díos, pudiendo muy bien decir con el Profeta: « Apénas fuí concebido, cuando ya pertencí á vos, Señor: ántes que mi madre me recibiese en sus brazos ya me habia depositado en los vuestros: » *In te projectus sum ex utero: de ventre matris mee Deus meus es tu* (1). Esta consagracion anticipada puede considerarse como el origen primitivo de aquella muchedumbre de gracias de que fué colmado nuestro santo durante su vida. Comprended pues, oh madres, cuánto podeis hacer por vuestros hijos, y cuán crueles os manifestais con ellos, cuando preferis consagrarlos al mundo, divinidad impotente, ídolo vano y engañoso, mas bien que al supremo Señor del universo á quien pertenecen todos los bienes.

Ningun signo extraordinario acompañó el nacimiento de Francisco de Sáles; mas por las raras cualidades que en él se desenvolvieron desde su infancia, púdose bien juzgar que un dia debia ser llamado á cosas maravillosas. El Señor que le destinaba á ser el apóstol de la verdad y el azote del error, habíale dotado de un corazon recto, sincero, incapaz de la mas leve simulacion, y enemigo irreconciliable de la mentira; de un alma firme é intrépida dispuesta siempre á arrostrar todos los peligros por la defensa de lo verdadero; de un entendimiento juicioso, sólido, penetrante, lleno de una avidez casi insaciable, y de una vasta capacidad hácia todo género de conocimientos útiles. Nacido como Moises para ser el libertador de su pueblo, fué necesario que como él se instruyese en toda la ciencia del Egipto y en la sabiduría de los santos. No bien hubo llegado al sexto año de su edad, cuando separado de los tiernos cuidados de su virtuosa madre, se halló sometido á los rigores de una educacion pública, y emprendió una larga carrera de estudios

(1) *Psalm. 21. v. 11.*

graves y serios. Despues que no léjos de la casa de sus padres adquirió los primeros rudimentos y alguna tintura de las letras, marchó á la capital de la Francia para adquirir mayores luces. Allí fué en donde bajo la direccion de los mas hábiles profesores de la compañía de Jesus, que á la sazón rivalizaban con la célebre y antigua universidad de Paris, aprendió con una sorprendente facilidad todas las lenguas sábias, inclusa la de los antiguos hebreos, estudió las reglas de la elocuencia, se ejercitó en el arte de escribir, recorrió los sistemas de la filosofía y profundizó la ciencia de la religion, de esa ciencia tan vasta, tan elevada, tan necesaria, cuyos fundamentos son tan ciertos, cuyo origen es tan augusto, ciencia poco apreciada en verdad, porque no es bastante conocida. De aquí es que apénas contaba diez y ocho años de edad y ya sus talentos no eran ménos admirados que su virtud, sobre todo en Padua á donde fué enviado para ser instruído por el famoso Pancirolo, que á la sazón enseñaba la jurisprudencia en aquella ciudad con una aceptación extraordinaria. Durante cinco años escuchó Francisco sus lecciones, y con éxito tan feliz, que luego que hubo concluído su carrera, el ilustre profesor le elogió en un discurso público, le propuso por modelo á sus numerosos discípulos, y anunció con una especie de inspiracion profética, que aquel jóven seria un dia « la gloria de su casa, de su patria y de la iglesia. »

Á fin de perfeccionarse en las bellas artes, cuyo estudio no habia descuidado en medio de tantas y tan diversas ocupaciones, Francisco recibió orden de viajar por Italia. Visitó á Roma y sus famosas antigüedades, los monumentos del ingenio y las obras maestras del arte que allí abundan; conferenció con los hombres mas sabios; y despues de haber bebido sobre el sepulcro de los apóstoles un nuevo ardor por la fe que estos predicaran, despues de haberse llenado en las catacumbas de aquel celo que les hizo mártires, regresó á su país natal tan puro en sus costumbres como habia salido, y no ménos fiel á la gracia del bautismo; pero con un entendimiento tan cultivado y tan lleno de conocimientos, que pudo ocupar un lugar distinguido entre los escritores mas eruditos, entre los mas elocuentes oradores, entre los hombres mas ilustrados de un siglo que sucedia al siglo de Leon X y preparaba el de Luis XIV.

Francisco no estimaba todas estas ventajas sino en cuanto

podia utilizarlas en favor de la iglesia, puesto que solo por ella se habia dedicado á estudios tan trabajosos. Lleno de un dolor profundo, veíala acometida por todos lados por los innumerables y fogosos enemigos de la verdad. Tan luego como se halló en estado de poder servirla, solicitó el honor de ser recibido en el número de sus ministros. En vano el mundo pretende retenerle en su seno por todos los medios capaces de seducir y alucinar un corazon jóven; en vano su familia y aun su mismo padre intentan oponer consideraciones humanas á su generoso designio; vence todos los obstáculos, renuncia con inexplicable alegría á todas las esperanzas del siglo, y mira como el dia mas hermoso de su vida aquel en que se vió revestido de la modesta dignidad del sacerdocio.

No bien se hallaba alistado en la milicia santa cuando se le presentó la ocasion de combatir. ¡Oh mision de Chablais! ¿Intentaré yo describir el maravilloso espectáculo que diste al mundo? ¿Pintaré á ese jóven apóstol que dejando sus parientes, sus amigos, todo un clero y un pueblo entero asombrados de su empresa, parte solo con Luis de Sáles su digno pariente y compañero intrépido de sus fatigas, para ir á atacar la herejía en unas comarcas donde reinaba despues de sesenta años, y perseguirla en los mismos muros, en el seno de la orgullosa Ginebra, cuna, arsenal y baluarte de la mas temible de todas las sectas? ¿Mostraré á esos dos héroes evangélicos que llegados á los límites del imperio del error, se postran sobre la tierra para implorar los auxilios del Dios que un dia condujera á Pablo y Bernabé en medio de las naciones infieles, y adelantándose despues solos, á pié, sin provisiones, sin armas á traves de las ruinas de los templos y por entre los tristes trofeos del cisma, hasta Tonon, capital de aquellas malaventuradas provincias, se anuncian abiertamente misioneros católicos, ministros de aquella religion tan desacreditada y aborrecida, que vienen á buscar á sus hermanos para desengañarlos y devolverlos al seno de su comun madre? ¿Quién podrá describir los gritos de furor y las espantosas amenazas con que aquel pueblo seducido y amotinado respondió á estas palabras de paz? ¿Quién dará una idea exacta de los peligros en que Francisco se vió, de las fatigas que experimentó durante todo un largo y crudo invierno, viniendo á pasar el dia en esta ciudad sediciosa en donde sin cesar se urdian planes contra su vida, y teniendo que

retirarse todas las noches á traves de caminos erizados de hielo y cubiertos de nieve á un castillo distante de allí dos leguas? ¡Cuántas veces perdiéndose en medio de las tinieblas de la noche se halló sin asilo donde refugiarse, aterido de frio, ó sorprendido de una horrorosa tempestad! ¡Cuántas refugiándose entre escombros se vió obligado á esperar la luz del dia en medio de un bosque, oyendo á cada paso los horribles rugidos de las fieras que bajaban de las montañas á buscar una presa en que saciar su hambre! Pero todos estos peligros y padecimientos personales no le afectaban tanto como la ceguedad y obstinacion de aquellos por cuya salvacion se exponia. Cuando solo su infatigable celo y el deseo ardiente de la felicidad de sus hermanos le conducia todos los dias á Tonon, no podia ménos de ver con amargura que al aproximarse á aquella ciudad, todas las puertas se cerraban para él, y todos los oídos ensordecian á su voz. Al finalizar cada uno de aquellos dias tan tristes, saliendo de aquella ciudad endurecida, pudo muy bien repetir la triste queja del Profeta: «Inútilmente he extendido mis brazos desde la salida del sol hasta su ocaso, hácia un pueblo incrédulo y rebelde que no quiere escucharme:» *Tota die expandi manus meas ad populum non credentem et contradicentem mihi* (1).

No podia empero permanecer sin recompensa una perseverancia tan constante y un celo tan ardiente y desinteresado. El Señor que despues de tanto tiempo veía las lágrimas de su siervo, habia fijado la hora del consuelo; y esta hora era llegada. Francisco por medio de un acto heróico de caridad y de valor, se granjea la estima y la afeccion de dos gentiles hombres calvinistas, y les convierte á la verdadera fe. Uno de estos neófitos atrae algunos amigos suyos á escuchar á aquel cuyos discursos le habian ilustrado tan felizmente, y nuestro apóstol tuvo por fin oyentes. ¡Oh poder divino de la verdad! No bien Francisco comienza sus instrucciones, cuando ya empiezan á crugir los fundamentos del error. La turbacion se introduce en el consistorio de Chablais, y Ginebra está en alarma. Heridos los pueblos de una nueva luz, proponen á sus falsos pastores dudas que estos no saben resolver. Francisco publica escritos que quedan sin contestación; invita á sus adversarios á conferencias; estos vacilan, deliberan, prometen acudir, despues se

(1) *Isaiæ, c. 65. v. 2.*

desdican y no vuelven á presentarse. Solo uno se atreve á admitir el combate, pero al punto se declara vencido y bien presto se convierte á la fe. El fanatismo en sus últimas boqueadas no emplea contra Francisco mas armas que el asesinato, el envenenamiento y las mas odiosas tramas; pero Dios le cubre con su egida y sale incólume de todas sus tramas. Corren en tropas los habitantes de Ginebra á oir sus instrucciones, y á medida que Francisco habla, disípanse las nubes, y la verdad comienza á brillar naturalmente á los ojos de aquella muchedumbre despreocupada. Un dia que el nuevo Agustin exponia con aquella gracia y fuerza que le eran naturales las pruebas de uno de nuestros mas profundos misterios, percibe en medio de su auditorio un murmullo favorable que presagiaba un cambio feliz; y al fin de este discurso vió acercársele seiscientos herejes que abjuraron en sus manos sus errores. Poco tiempo despues la conversion maravillosa de uno de los principales apoyos de la secta dió el último impulso al triunfo de la verdad; y viéronse pueblos enteros venir á postrarse á los piés del hombre de Dios confesando la fe ortodoxa. Ya los dos misioneros á pesar de todo su celo no son suficientes para acudir á las necesidades de un rebaño que por momentos se acrece; hácese preciso llamar nuevos operarios para recoger una mies tan abundante, y construir una iglesia para los católicos de Tonon.

Cuán bella fué para nuestro santo la noche de Navidad de 1596, en la cual, dos años despues de su primera entrada en el Chablais, abrió la iglesia de san Hipólito, fruto de su conquista, celebró en ella los divinos misterios en medio de una muchedumbre inmensa de personas que habia hecho tornar á la antigua creencia de sus padres, dió la comunión á ochocientos nuevos fieles y entonó el cántico de amor y de accion de gracias en compañía de aquellos que pocos meses ántes no abrigaban mas que odio en sus corazones y en sus labios la maldicion! ¡Pero cuánto mas bello aun fué para él el dia 1.º de octubre de 1598 en que el sacramento augusto de nuestros altares fué llevado solemnemente bajo arcos de triunfo por todas las calles de Tonon, sosteniendo el palio el mismo duque de Saboya con un príncipe de su sangre y dos embajadores extranjeros; presidiendo un legado de la santa Sede que despues fué elevado al sumo pontificado, entre las aclamaciones de todo un pueblo